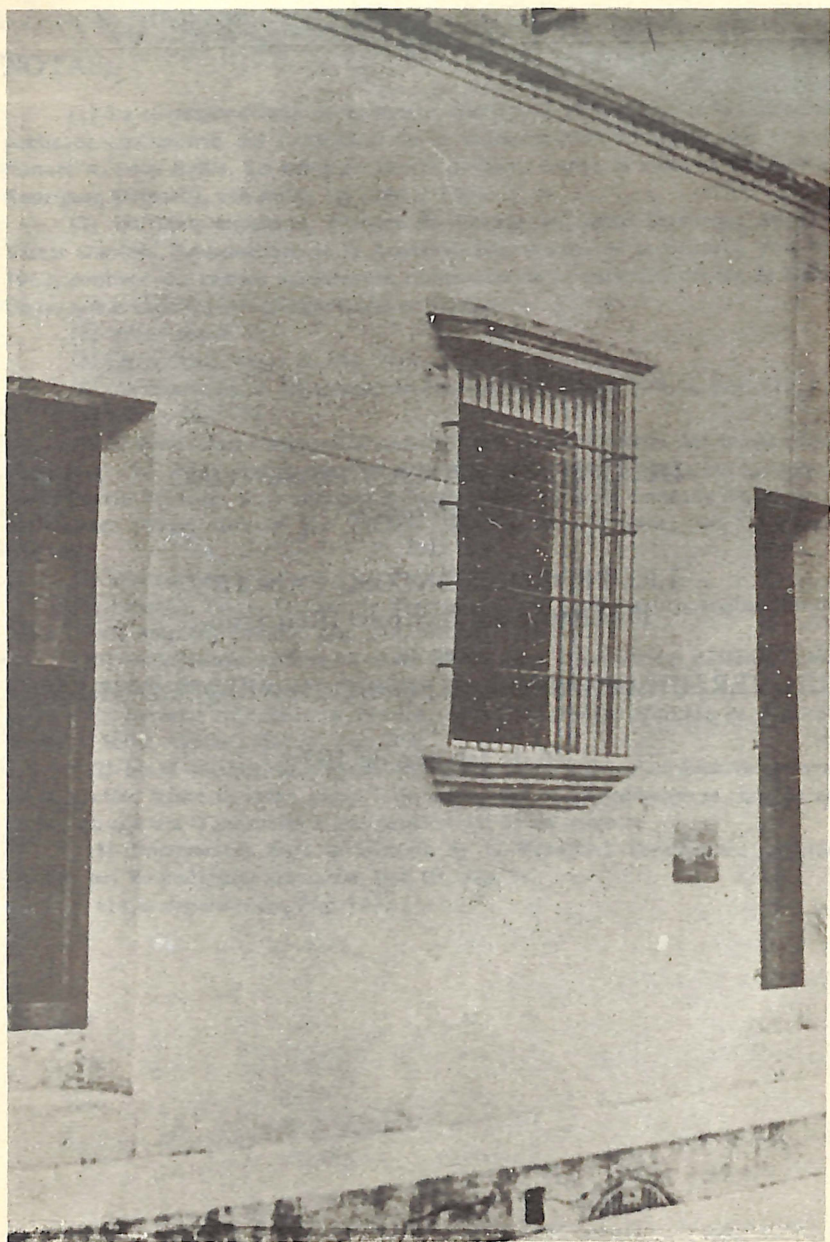


DUARTE, SU EPOCA Y SU SENTIDO
Conferencia
del
LIC. PEDRO TRONCOSO SANCHEZ,
Presidente del Instituto Duartiano,
en la
UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
el
26 de febrero de 1976



Casa natal de Juan Pablo Duarte, en Santo Domingo.

De Pedro Troncoso Sánchez

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña me ha conferido un honor que compromete mi gratitud al llamarme a ocupar hoy la tribuna de su aula magna.

Estamos en el 132 aniversario de la República y debemos rendir el homenaje de nuestro reverente recuerdo a quienes prepararon su fundación, a quienes la llevaron a cabo y a quienes sostuvieron la existencia del Estado soberano dominicano.

Este nuevo aniversario de la fundación de la República tiene lugar en el año centenario de la muerte del primero de sus próceres, de su prócer representativo ante el resto del mundo, del paradigma de hombre y de patriota que fue Juan Pablo Duarte.

Es pues natural que evoquemos hoy nuestra segunda independencia y sus antecedentes, con una especial referencia al grande hombre que se impuso el deber de consagrar la vida a la empresa de dar a su pueblo las condiciones de libertad y dignidad a que tenía derecho.

Nueve años acababa de cumplir Juan Pablo Duarte cuando un ejército haitiano que se calculó en catorce mil hombres,

encabezado por el presidente vitalicio del vecino Estado, Jean Pierre Boyer, ocupó el territorio dominicano.

El 9 de febrero de 1822 aquellas tropas extranjeras desfilaron por la calle del Conde de la ciudad de Santo Domingo ante la mirada atónita del vecindario. Al jefe supremo de Haití le fue ofrecido el asiento principal de la Sala Capitular y allí recibió el mando del país de manos del presidente del recién creado Estado dominicano, José Núñez de Cáceres.

Boyer había anunciado que venía “como pacificador y conciliador de todos los intereses”. “Espero encontrar en todas partes hermanos, amigos, hijos a quienes abrazar”, había escrito a Núñez de Cáceres en carta del 11 de enero anterior, pero diciéndole a renglón seguido: “No habrá, empero, obstáculo que sea capaz de detenerme.”

Esta última frase ponía al descubierto la verdadera significación del episodio. Aquella entrada pacífica de tropas era en realidad una invasión, un acto de conquista de un país indefenso, un hecho que pugnaba con los auténticos sentimientos de la generalidad de los dominicanos, no obstante la apariencia de respuesta a un llamado que se le dio.

Se sabe que la intimidación, la coacción ejercida con el respaldo de una fuerza incontrastable y la amenaza terrorífica quitan autenticidad y sinceridad a los hechos humanos. La voluntad de los hombres sometidos a este trance queda viciada por el temor, y al acto libre lo suplanta la simulación y hasta la farsa. La generación dominicana de 1930 conoce bien este fenómeno. Para reconstruir situaciones en que el factor decisivo fue la pura fuerza y entró en escena el instinto de conservación, el documento o el acto provocado o estimulado por la acción terrorista no es bastante prueba. Precisa confrontarlo con otras fuentes de información, como son los hechos antecedentes, concomitantes y consecuentes; las crónicas y testimonios producidos en condiciones de libertad, la tradición oral y escrita.

Años antes había comenzado Boyer a preparar la conquista del país dominicano. Lograda por él la unificación política de las dos porciones independientes en que se había dividido la

antigua colonia francesa de Saint-Domingue, envió a la región fronteriza a su edecán Desir Dalmazi con instrucciones bien precisas. Su misión era utilizar todos los medios de la propaganda, el soborno y la intimidación para mover las voluntades dominicanas en el sentido de la independencia respecto de España y la integración de la parte española de la isla a la República de Haití. Para realizar este trabajo se asoció con José de Silva, antiguo prófugo de la justicia por delitos comunes, y José Tavares, antiguo teniente del Rey Christophe. A muy pocos pudieron convencer de que bajo el gobierno de los vecinos estarían mejor que bajo la férula de la vieja metrópoli, pero Boyer mantuvo su propósito de procurar una aparente cesión voluntaria del país en lugar de conquistarlo a sangre y fuego. Le fue fácil, por la vía de la intimidación, gracias a su aparato militar y al recuerdo de la crueldad de las fuerzas haitianas cuando invadieron en 1801 y 1805 para abolir la esclavitud y alejar el colonialismo europeo de la parte oriental de la isla.

Los desaciertos del gobernador de la Colonia, Brigadier Pascual Real, y las graves amenazas provenientes del Oeste de la isla, acabaron de inducir a José Núñez de Cáceres a identificarse con el deseo haitiano de ver libre la isla entera de un poder extraño a ella. Para evitar que una acción de Boyer contra la colonia española de Santo Domingo, determinara en ella el dominio haitiano so pretexto de libertarla, acaudilló el movimiento de independencia la noche del 30 de noviembre de 1821. Siendo un Estado independiente y no la posesión de una nación europea, Santo Domingo no suscitaría en los haitianos el temor de antes y éstos respetarían su independencia, sobre todo si el país se incorporaba a la Gran Colombia que se forjaba bajo la bandera victoriosa de Simón Bolívar. Así lo aseguró el caudillo de los antiguos esclavos.

Después del acto emancipador dominicano, Boyer hizo burla de su promesa y no varió su propósito. Pero tuvo que cambiar de lenguaje. Ya no podía decir que nos traía la independencia como San Martín a Chile y Perú y como Bolívar a Nueva Granada y Quito. Sólo dijo que la isla no era divisible y

que ningún obstáculo podría oponerse a la unificación.

La invasión de 1822 no fue, pues, para obsequiarnos la autodeterminación a que teníamos derecho, como en el caso de los libertadores sudamericanos, sino para ligarnos al poder absoluto que se ejercía desde Puerto Príncipe.

El proceso de ocupación fue indudablemente incruento. No hubo resistencia en parte alguna. Lo precedió una campaña de graves apercibimientos y la situación del país era la de una persona que se rinde en vista de la gran desproporción entre sus recursos defensivos y el poder de ataque de un asaltante. ¿Qué podían hacer ochocientos milicianos mal armados contra un ejército estimado en catorce mil hombres?

Una vez consumado el hecho, el presidente vitalicio de Haití extremó sus diligencias para que ante el mundo apareciera la toma de Santo Domingo como una respuesta a un llamado que hacía a Haití la población dominicana; como una petición parecida a la que habían hecho a España los diputados dominicanos a la asamblea de Bondillo en 1808 para reincorporarse a la antigua metrópoli. Conocía el jefe haitiano la preocupación de las cancillerías de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos ante el auge de la nación que en una isla del Caribe habían constituido los antiguos esclavos de origen africano. Había que neutralizarles cualquier intento de intervención con el argumento de que la ocupación de Santo Domingo había sido la consecuencia de un acto de libre decisión del pueblo dominicano de unirse a la República de Haití. Entonces se publicaron los manifiestos de adhesión, con gran número de firmas, la mayoría de los cuales, según una tradición constante, habían sido antedatados. Prueba escrita de esta anticipación de fechas no la hay ni pudo haberla. Pero tal tradición es concordante con las circunstancias históricamente establecidas, como son los medios de fuerza empleados por el gobierno haitiano, la situación comparativa de ambas comunidades, en el orden económico, cultural y sentimental, y las experiencias sufridas en los últimos veintiún años.

¿Cómo iban a desear unirse con los haitianos quienes los combatieron en 1805 al lado de los franceses, que eran para ellos

gente exótica pero preferible a los vecinos occidentales?

A esta concordancia se agregan valiosos testimonios, como es la carta de Núñez de Cáceres a Carlos Soublette, Vicepresidente de Venezuela, del 6 de agosto del mismo año 22, en que le dice: "Cuando Santiago se vio amenazada de una irrupción a sangre y fuego dobló la cerviz para no verse de nuevo reducida a cenizas, como en las anteriores invasiones de estos vándalos: ésta es la pura verdad, y puede V. E. estar seguro de que será el primero de los pueblos que sacuda el yugo en cuanto se le avise que ha llegado la hora de la venganza."

Se suma igualmente la convicción a que arribó el cronista francés Lepelletier de Saint-Remy, en su obra "Saint-Domingue. Etude y solution de la Question Haitienne". La expresa así:

"La facilidad con que se hace esta entrada —la de los haitianos en Santo Domingo— ha servido maravillosamente para el desarrollo de una tesis que los haitianos han siempre propagado y sostenido con la mira intencionada que se advierte a primera vista. De darle oída a los escritores de la República, la anexión del 1822 fue un acto voluntario y espontáneo; la toma de posesión del presidente no fue sino la conquista de los corazones. Pero no hay nada menos cierto que esta aseveración histórica. La toma de posesión de 1822 fue pacífica; pero bajo el terror que antes había producido Toussaint en la mayoría de las poblaciones. Los españoles de Santo Domingo daban solamente en estas circunstancias una prueba de esa manera extraña de ser y carácter que los acontecimientos anteriores dejan bien precisada. Plenos de energía para sacudir una dominación establecida, indomables y perseverantes en la insurrección, son mórbidos y débiles en la resistencia. Con tal naturaleza, toda sumisión, mirada desde lejos y al través de cierta fraseología interesada, puede parecer una conquista de corazones."

Este testimonio de Sait-Remy es una lúcida expresión del general escepticismo con que se recibió la versión del llamado. Era sencillamente increíble y hasta ridícula. A los dominicanos se les puede acusar de haber buscado el amparo de una nación grande, rica y civilizada, pero no la unión con otra comunidad carente de estos atributos. Desde 1808 a 1873 ofrecimos el

espectáculo de un país o de un amplio sector de opinión política que solicitaba protectorados y anexiones, por causa principalmente de la amenaza que representaba el vecino. No es pues históricamente admisible ni concebible que durante esa etapa encontremos un breve momento, en 1822, en que dando un vuelco en redondo hayamos olvidado nuestros temores y solicitado voluntariamente la unificación que ni antes ni después deseamos. El absurdo de esta tesis resalta aún más si consideramos los continuos conatos de rebeldía que estallaron mientras tuvo alientos el pueblo dominicano bajo la ocupación y la alta moral con que éste combatió para sostener la independencia lograda el 27 de febrero del 1844.

La única circunstancia en que verosímilmente pudo haberse producido el llamado a los haitianos habría sido en el caso de una masiva rebelión de esclavos de la parte del Este, en busca de un apoyo. Pero este hecho nunca se dio entre nosotros. Nunca tuvimos caudillos nacionales nacidos en esclavitud. Quienes aparecieron pidiendo la unión con los libertados de la antigua colonia francesa no fueron los que de este lado merecían igual libertad. Fueron personas de la clase de los señores. Vale decir, de la clase esclavista. Lo cual coloca el supuesto llamado, a la luz de la crítica, en el marco de la simulación por el miedo o en el de la pura adulteración de documentos.

Pedro Morell de Santa Cruz, Juan Núñez Blanco, José Peralta y José María Salcedo, que encabezaron el pronunciamiento de Santiago en favor de Haití, no eran siervos abolicionistas. Eran gente rica, al igual que Diego Polanco, Juan Tomás Trilla, Andrés Amarante, Fernando Morell de Santa Cruz, Joaquín Bidó, Camilo Suero, Pablo Altagracia Báez, Manuel Félix, José Joaquín Firpo, Angel Noboa, y la mayoría de cuantos dirigieron los pronunciamientos en Santiago, La Vega, Puerto Plata y Monte Cristi o apoyaron la invasión en la banda del Norte y en la del Sur.

Esta actitud de ostensible "adhesión espontánea" de la clase dirigente no puede evaluarse en su real contenido sino asociándola a la labor aterrorizadora que desde 1819 dirigía

Boyer por medio de sus bien escogidos emisarios, aprovechando el estado de completa indefensión en que la colocaba el aparato militar del dictador. En aquella época Santo Domingo estaba a merced de la voluntad de Boyer como posteriormente, en 1861, lo estuvo bajo la férula de Santana y en 1870 bajo la de Báez, ocasiones ambas en que el pueblo dominicano apareció ante el mundo solitando anexiones que en realidad no deseaba. Tan artificial fue la conducta de entonces como la de los dominicanos de 1822, víctimas de la incuria de la Madre Patria y del error táctico de Núñez de Cáceres.

Recientemente el académico Dr. Julio Genaro Campillo Pérez ha dado una idea de la avalancha que para dominar el inermes territorio dominicano se preparaba en Haití, recordando que en ella figuraban nueve generales de división, diez generales de brigada, doce regimientos de infantería, el estado mayor del presidente, granaderos, cazadores, carabineros a caballo, granaderos y cazadores a pie, dragones y artillería en los diferentes regimientos.

¿Hubiera habido necesidad de toda esta fuerza para acudir al llamado voluntario de un pueblo que reclamaba la unificación política de la isla? ¿Era el séquito que necesitaba Boyer para venir paternalmente, como pacificador, a abrazar hijos, hermanos y amigos?

El caso personal de Duarte como estudiante durante la ocupación haitiana iniciada el 9 de febrero de 1822 ejemplifica la situación de su generación y da pie para presentar un perfil de aquella época.

Los reclutamientos en masa realizados a fines de 1823 por orden del gobernador designado por el presidente Boyer para el departamento de Ozama, general Borgella, en el elemento joven de la ciudad de Santo Domingo, determinaron en enero de 1824, cuando Duarte cumplía once años, el cierre de la Universidad por falta de alumnado. La juventud llamada a poblar sus aulas o quedó enrolada por la fuerza en la gendarmería haitiana o tomaba el camino del éxodo. La arbitraria medida partió del propio Boyer, con la intención sin

duda de provocar la extinción en forma indirecta del principal foco de inconformidad ante la ocupación.

No hubo pues, desde entonces, enseñanza superior organizada para quienes alcanzaban la edad de recibirla. Concomitantemente, la constelación de hombres ilustrados dominicanos de principios del siglo XIX, que enseñaba desde la cátedra o en el periodismo, en la que descollaban el arzobispo Pedro Valera y Jiménez, José Núñez de Cáceres, Juan Vicente Moscoso, Bernardo Correa y Cidrón, Andrés López de Medrano, Francisco Xavier Foxá, Esteban Pichardo, Antonio María Pineda, Francisco Xavier Caro, Francisco Muñoz del Monte, Antonio del Monte y Tejada, José Francisco Heredia, José María Morilla y José Antonio Pichardo, quedó mermada por efecto de la desbandada. En esta forma se redujo, hasta extinguirse poco después, el ambiente cultural dominicano que se mantenía desde los días en que Santo Domingo, por el número de sus estudios y academias, mereció el título de Atenas del Nuevo Mundo.

En 1830, cuando Duarte tenía diecisiete años, el profesor que mejor podía proporcionarle una preparación universitaria de tipo humanístico, correspondiente a su edad y vocación, era el profesor Juan Vicente Moscoso, antiguo rector de la desaparecida casa de estudios. Este sabio maestro tenía fama de ser "el Sócrates dominicano"; un Sócrates que no tuvo la suerte de encontrarse con un Platón que perpetuara por escrito sus enseñanzas habladas, perdidas por siempre.

Moscoso daba a Juan Pablo lecciones particulares de filosofía y derecho, además de otras materias indispensables para adquirir erudición de bachillerato. Pero llegó en aquel año el momento en que este último e ilustre representante de la élite cultural dominicana de los inicios del siglo XIX tuvo que ausentarse, como el arzobispado Valera y Jiménez, dejando en orfandad escolar a Duarte y a más de un ciento de discípulos. Según testimonio dejado por el poeta y comunicado de la Trinitaria Félix María del Monte, apenas se ausentó el maestro ya estaba Juan Pablo preparando su viaje al Norte de América y Europa para continuar sus estudios.

A aquella altura del período de ocupación del país por el poder haitiano no fue sólo en el orden cultural y educativo en el que se registró una consecuencia negativa de la reinante situación de extraña dependencia. Pero antes de abordar someramente esos otros aspectos de la vida dominicana de entonces, deseo referirme brevemente a la cuestión de la esclavitud.

Con sobrada razón debe señalarse el hecho de que fue el haitiano el primer pueblo de América en abolir el oprobioso régimen, y no por disposición superior a beneficio de la raza sometida sino por la acción de los propios esclavos, triunfantes contra sus amos. Los efectos de ese acto de justicia llegaron a Santo Domingo en 1801 y aunque la medida quedó anulada en los años subsiguientes, la verdad es que, de hecho, en el Santo Domingo español la restablecida esclavitud fue humanizándose y desapareciendo hasta que en 1822, dominado de nuevo por los haitianos, quedó por segunda vez formalmente abolida. Fue un acto en que no intervino en absoluto una participación directa de los esclavos dominicanos y que, por las circunstancias anotadas, no marcó una transformación social de primera importancia en la vida de esta comunidad. De todos modos debemos reconocer el hecho de que si Santo Domingo fue el segundo país americano en que se puso fin al régimen esclavista se debió a la influencia de las revolucionarios de la antigua colonia francesa.

Muchos de los manumisos se quedaron sirviendo a sus antiguos amos en calidad de jornaleros pero a los que prefirieron disvincularse de ellos tuvo el gobierno haitiano que ofrecerles tierras para trabajar o engancharlos en el ejército. Una proclama de Boyer del 15 de junio de 1822 anunció el otorgamiento del derecho de propiedad de parcelas a aquellos libertos que las cultivaran con productos destinados a elaboración y exportación, como café, cacao, caña de azúcar, algodón y tabaco. Esta medida habría sido beneficiosa económicamente pero resultó impracticable: por una parte la determinación de los bienes territoriales que debían pasar al Estado para su repartición significó un problema de larga y embarazosa

solución, y por otro lado los libertos que sin educación alguna se convirtieron de la noche a la mañana en dueños de terrenos prefirieron dedicarlos al cultivo de frutos para su propio consumo y el de su familia o para pequeñas ventas en las poblaciones.

A esta mala experiencia se agregó en marzo de 1823 la desastrosa prohibición de comerciar con las otras islas antillanas y el no menor fracaso del llamado Código Rural, promulgado en mayo de 1826, que no impidió la continuación del minifundismo conuquero a que había dado lugar la impreparada repartición de tierras. También fueron causas de obstáculos al desarrollo la disposición discriminatoria que sólo permitía ejercer el comercio a ciudadanos haitianos y la pesada deuda contraída por Haití en favor de Francia a cambio del reconocimiento de su independencia. Esta deuda gravitó por años pesadamente sobre los contribuyentes dominicanos, y determinó el descalabro de la moneda, circunstancias que sometieron a la porción española de la isla a una prolongada y degradante pobreza, ensombrecida por la tristeza de los constantes éxodos y el arruinamiento de las casas abandonadas.

Para tener una idea de la decadencia económica registrada en los tiempos de la ocupación haitiana, paralela a la regresión cultural, basta con examinar los cuadros estadísticos de producción y comercio que ofrece como apéndices la reveladora monografía acerca de los aspectos económicos de la dominación haitiana escrita por el joven investigador Frank Moya Pons.

Consecuencia de esta innegable decadencia fue la ley de patentes dictada el 18 de julio de 1832 por el Congreso haitiano, que bajó a la categoría de tercera clase las plazas de Santo Domingo y Puerto Plata; a la cuarta clase las de Santiago y La Vega; a la de quinta clase a las de Samaná, Azua, Monte Cristi y San Miguel y a la de sexta clase a las plazas de San Juan, Las Matas, Neiva, Baní, Higüey, San Cristóbal, Cotuí y Bayaguana, en contraste con el aumento de categoría de las principales plazas del Oeste. El continuo languidecimiento del país dio lugar a que una nueva ley de patentes, del 22 de julio

de 1834, bajara a la cuarta clase a Puerto Plata y a la sexta a otras plazas que ocupaban la quinta.

Una exposición literaria clásica de esta situación, basada en testimonio de primera mano y confirmada por los datos numéricos, es la exposición redactada por el cronista Emiliano Tejera y presentada por una comisión al Congreso Nacional en 1894 cuando dice:

“Las enredaderas silvestres crecían a su antojo donde antes el cafeto doblaba sus ramas al peso de las rojas bayas, o donde el prolífico cacao encerraba en urnas de oro o púrpura el manjar de los dioses..... Los templos iban convirtiéndose en ruinas o en cuarteles de los sectarios del vodoux, y los conventos eran moradas de lagartos y lechuzas..... Las familias pudientes huían de Santo Domingo como se huía antes de Sodoma y Gomorra y con ellas los capitales, el saber, la ilustración, las prácticas agrícolas....”

El conocimiento de los atributos espirituales y psicológicos del dominicano, forjados durante siglos de lucha, y las jornadas vividas en la primera década del XIX, me hacen pensar que aunque aquel período de nuestra historia hubiera redundado en franco éxito en el orden económico y social, la invencible repugnancia de los hijos de esta tierra al verse gobernados por extranjeros, siempre indeseables en el papel de señores, habría persistido, tal como vemos que sucedió bajo las otras intervenciones militares padecidas en el pasado siglo y en el presente, no importa el hecho de proceder de áreas de mayor civilización.

Partiendo de esta convicción pienso igualmente que no debemos atribuir a consideraciones utilitarias ni a razones de clase social los sucesivos conatos de insurrección, entre los que se destaca al principio, la llamada “Conspiración de los Alcarrizos” y más tarde el estado de rebeldía que fue creciendo en la década de los treinta y comienzos de los cuarenta, hasta culminar en la liberación.

Hasta 1821 fuimos, en el estrato superior de la sociedad, una expresión americana de una determinada forma cultural europea. Después se produjo el vacío cultural y vino un

paulatino deterioro social y económico que amenazó con transformar esta comunidad. Pero la dinámica social que estudia la sociología no es el único motor de la evolución de los pueblos. Lo fuera si el hombre se limitara a ser un ente en la naturaleza, como la abeja o como la hormiga. El hombre es algo más: es una persona espiritual, y en calidad de tal puede influir creadoramente en la dinámica social y corregir su rumbo.

Una confirmación de esta teoría es la existencia y actuación de Juan Pablo Duarte en el seno de la sociedad dominicana. El fue el instrumento vivo de esa influencia creadora de que es vehículo la persona espiritual. He aquí el sentido de Duarte en la historia dominicana. El destino irremisible a que se dirigía la sociedad dominicana si sólo se hubieran cumplido en ella las leyes naturales fue corregido gracias a que un primer impulso impreso por una voluntad creadora individual, la de Juan Pablo Duarte, puso en movimiento ideas, fuerzas y corrientes sociales que mejoraron aquel destino.

Ya es hora de que en nuestros medios científicos deje de creerse que la realidad social sólo obedece a los mecanismos de producción y distribución de la riqueza y sólo es comprensible en esquemas nomológicos. Es cierto que una concepción moderna del hombre y la sociedad no puede sostenerse sin haber asimilado a Hegel, Comte y Marx. Pero también es verdad que no deben ignorarse las aportaciones posteriores de Lotze, Scheler, Windelband y Rickert para completar una visión científica de la historia.

Los valores espirituales (por antonomasia, *los valores*) no son una abstracción, ni una entelequia, ni un objeto metafísico. Son hechos que se viven diariamente. Son realidades que están presentes permanentemente en la vida consciente y que determinan en sus niveles superiores el curso de la historia cuando marcan cambios de rumbo trascendentales. No puede haber ciencia de la historia; no puede haber búsqueda sistemática de conocimiento verdadero en la esfera de los hechos humanos, en que interviene la voluntad, si sólo se

quisiera redescubrir o confirmar leyes del devenir de los grupos humanos.

La voluntad del hombre; su libre determinación ante las alternativas de la vida, no entra del todo en los marcos de la pura causalidad. La voluntad humana se dirige a fines. Está guiada por metas en el futuro, además de por fuerzas provenientes del pasado. Por encima de las urgencias económicas, de los apetitos primarios, del egoísmo original y de las inclinaciones utilitarias, están los fines en que el hombre se emancipa del rigor causal; los fines específicamente humanos; los fines de sentido religioso, moral, político, estético, y gnóseo (o de conocimiento). Estos son los fines en que se agota y expresa, en última instancia, la esencia del hombre en sociedad.

Hay una ciencia histórica que abstrae de entre la inmensa variedad de todo lo real aquellos hechos, productos humanos, que tienen importancia, positiva o negativa, para la vigencia de los valores religiosos, morales, políticos, estéticos, y gnóseos, y los clasifica y jerarquiza según los fines a que se dirigen y según sus consecuencias.

Juan Pablo Duarte es un ejemplo insigne de la supremacía de la persona espiritual en el hombre, por sobre las presiones del instinto. Nuestro máximo prócer es un caso que ilustra y confirma la teoría axiológica de la historia; la teoría según la cual los hechos humanos, los genuinamente humanos, los que antagonizan con el egoísmo primordial, son esencialmente extra causales e imprevisibles, porque los gobierna la libertad de la voluntad; vale decir, el espíritu.

Como dije anteriormente, diecisiete años tenía Duarte cuando sus padres decidieron enviarle a los Estados Unidos y Europa. Se fue en compañía de Pablo Pujols, para que su inteligencia y vocación al estudio se nutrieran con la ilustración que no podía recibir en su propio país después de la ausencia del doctor Juan Vicente Moscoso, determinada por la coacción a que lo había sometido el gobernador haitiano Borgella, quien lo consideraba un destacado opositor a la unificación política de la isla.

Me perdonarán quienes ya sepan la historia que voy a contar en seguida, muy conocida después de la obra de divulgación realizada en los últimos años, pero no dejaré de hacerlo porque viene al caso para tipificar el sentido de Duarte a la luz de la concepción de la ciencia histórica que toma en cuenta la presencia e influencia de los valores espirituales en el devenir de los hechos sociales.

En el segundo día de su navegación rumbo a Nueva York, entró el adolescente Duarte en amistad con el capitán de la nave en que viajaba. Al marino le había chocado que Santo Domingo, comunidad hispano—americana, estuviera sometida al gobierno del vecino Estado haitiano y no al de su metrópoli de origen o convertido en nación independiente como otros países americanos colonizados por España. Al ver al joven le preguntó:

—¿No te da pena decir que eres haitiano? — Una pregunta que sólo se explica por el hecho de haber visto ya el pasaporte de Duarte.

—Yo soy dominicano— repuso el interpelado.

“A lo que con desprecio le contestó el capitán— según se narra en los Apuntes de Rosa Duarte—:

“Tú no tienes nombre; ni tú ni tus padres merecen tenerlo, porque cobardes y serviles inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos.”

El propio Juan Pablo dice que esta inesperada afrenta le produjo “vergüenza y desesperación”. Estas dos expresivas palabras con que Duarte describió su estado de ánimo de aquel momento hay que reconocer que encerraron conceptos de extraordinario contenido ético, y no simplemente emocional, ponderada la magnitud de sus consecuencias en él y en la historia nacional.

De haber sido un proceso psíquico de contenido ético normal y no una profunda experiencia espiritual, esas vergüenza y desesperación habrían tenido efectos pasajeros. Por no ser así, ellas representan una situación moral firme y persistente que prevaleció por sobre la inmadurez natural de su edad y por sobre el fuerte impacto que debieron causar en su alma las grandes y deslumbradoras ciudades que visitó en la América del

Norte y en Europa. De tal manera imborrable fue la impronta dejada en su espíritu por aquel incidente, que éste vino a ser, andando el tiempo, el punto de partida de un movimiento histórico que rectificó el rumbo del destino a que fatalmente nos conducían poderosas circunstancias geográficas, económicas, físicas y psíquicas; de un devenir histórico que se prolonga hasta nosotros y que proseguirá indefinidamente en el futuro, puesto que en lugar de ser la antigua porción española de la isla una parte integrante de la nación haitiana es el asiento de una república independiente.

El propio Duarte dejó también testimonio de que cuando fue abochornado por el capitán del barco en que viajaba, juró en su corazón no pensar en lo adelante ni ocuparse en otra cosa que no fuera trabajar para probar al mundo que teníamos un nombre propio: dominicanos, y éramos dignos de llevarlo.

Este íntimo y difícil juramento, que envolvía el compromiso de luchar por la independencia de su país, puesto que no en otra forma era digno de llevar el nombre de dominicano, convirtió el espíritu de Duarte en un núcleo permanente de energía volitiva que no desmayó hasta dejar cumplido aquel juramento. Para ésto debió insertar en la sociedad dominicana una idea—fuerza que asociada a la dinámica socio—política o en contraposición a ella apartó a Santo Domingo del camino que ya le trazaban las circunstancias arriba anotadas.

Dominó tanto en Occidente, desde los días del Renacimiento, la idea de que hacer ciencia consistía en comprender lo real en esquemas nomológicos, es decir, mediante leyes, que se intentó hacer ciencia acerca de los hechos y productos de la actividad humana, esto es, ciencia histórica, señalando lo que parecían ser las leyes que gobernaban tal actividad. No se percibió la esencial diferencia entre lo natural, comprensible por las leyes, y lo histórico, no comprensible en su totalidad mediante leyes. Por supuesto, llegó un momento en que ese tipo de ciencia histórica, influido por la ciencia natural, se hizo insostenible. Los hechos no se ajustaban

satisfactoriamente a la teoría naturalista, como no se ajusta el caso de nuestro Duarte.

Por eso a partir especialmente de los trabajos de Windelband y Rickert, a finales del siglo XIX, se habla de las ciencias naturales como de disciplinas que excluyen de su campo a la historia, la cual viene a integrar otro grupo de ciencias, denominadas ciencias culturales.

Es verdad que los movimientos y frutos de la voluntad del hombre y de las sociedades están profundamente influidos por los procesos naturales. De tal manera es así, que un tratadista alemán de filosofía adscrito a las corrientes axiológicas, Aloys Müller, ha declarado con sobrada razón que "la historia es un leve juego de ondas en el ingente curso de la naturaleza." Pero también es verdad que una vez reconocida la presencia de los valores en la vida como realidades diferentes de los objetos y procesos psíquicos, con atributos propios, no es posible sostener que para la exhaustiva comprensión de lo histórico bastan las ciencias y las leyes de corte naturalista.

Los valores, es decir, el espíritu, hacen acto de presencia en la psique y fecundan la voluntad, en tal modo que su acción y los resultados de su acción no encajan en el puro orden causal. El hombre es parte de la naturaleza, pero cuando por su intermedio se manifiesta el espíritu, los procesos naturales se modifican, en grande o en pequeña escala, en una forma no prevista en los esquemas de las ciencias nomológicas, como la psicología y la sociología. Porque la característica de esta manifestación es no sólo no ser plenamente comprendida mediante leyes sino que también es imprevisible en la misma medida en que lo son las transformaciones en el orden natural; a sus apariciones en los hechos humanos se les ha llamado "espontaneidades".

El exabrupto de aquel capitán de barco pudo no haber tenido consecuencia histórica alguna. Pudo haber ocurrido la normal: que el dolor de aquel adolescente se hubiera atenuado y aun extinguido con el tiempo y él hubiera continuado viviendo tranquilamente.

¿Era posible prever y puede ser comprendido bajo el patrón de las ciencias naturales el proceso histórico que comenzó en aquel momento? ¿Encaja en una comprensión causal que aquel día y en aquel buque se iniciaría la rectificación del destino dominicano, como encaja y se prevé la trayectoria de un astro, la caída de un cuerpo, el curso de una corriente de agua, la germinación de una semilla o un movimiento de masas?

No, seguramente. Si en la estructura de aquella situación hubieran intervenido solamente factores intelectivos y emocionales, es decir, factores psíquicos, los hechos posteriores hubiéranse desenvuelto en un proceso de alivio, sustitución y olvido. Pero como aquella experiencia juvenil de Duarte fue la ocasión para que en él actuara su latente vocación de héroe libertador e irrumpiera con fuerza el valor ético que él percibió como “vergüenza y desesperación”; como fue la oportunidad para que su mecanismo volitivo quedara nutrido y guiado vigorosamente por el espíritu, los hechos posteriores consistieron en una evolución de estricto sentido histórico cuyo eje y motor fue su prédica y su trabajo revolucionario, que con el tiempo convirtió la resignada pasividad dominicana en una fuerza social capaz de constituir una república independiente.

Ninguna de las leyes propuestas para comprender el devenir histórico, desde la de Juan Bautista Vico hasta las de Augusto Comte y Carlos Marx, podría ofrecer una explicación satisfactoria del caso Duarte. Sólo enfocándolo como una “espontaneidad”, como una fuerte irrupción del espíritu en la dinámica social dominicana, adscribible a la finalidad política de la libre determinación de los pueblos, es comprensible científicamente en el campo de la historia.

Duarte es figura eminentemente histórica porque la consecuencia de su idea y de sus acciones fue de gran estilo, como es la existencia de un Estado soberano en una porción de la humanidad que de haber seguido una vida inerte y rutinaria, dominada por la resignación y el instinto de conservación, habría sufrido un irreversible proceso de transformación y acomodamiento como dependencia de otro Estado.

Ahora bien, su título de Padre de la Patria o de Fundador de la República, unido a la pulcritud y heroísmo de sus hechos personales, lo ponen en situación para que, por otra razón que no la de libertador, sea figura eminentemente histórica. Es la de que sus ejemplos de patriotismo puro, de entrega total al ideal de libertad y dignificación de su pueblo, de democracia, de sacrificio, de honestidad, de humildad, de tolerancia, de devoción a la ley y de acatamiento a la autoridad legítimamente constituida, se reconozcan como la base por excelencia para el perfeccionamiento moral, político e institucional del pueblo dominicano.

Ojalá el presente año centenario de la muerte de Duarte y el 132 aniversario de la República marquen una etapa determinante de ese anhelado perfeccionamiento.